

SOPHIE HANNAH

**EL
MISTERIO
DE LAS
CUATRO
CARTAS**

EL NUEVO MISTERIO DE



ESPASA

SOPHIE HANNAH

EL MISTERIO DE LAS CUATRO CARTAS

Traducción de Claudia Conde



Título original: *The Mystery of Three Quarters*

The Mystery of Three Quarters™ es una marca de Agatha Christie Limited

© Agatha Christie Limited 2018

AGATHA CHRISTIE®, POIROT® y la firma de Agatha Christie son marcas registradas en Reino Unido y en otros lugares del mundo

Agatha Christie®

© por la traducción, Claudia Conde Fisas, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Por esta edición:

Espasa Libros, S. L. U., 2019

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.espasa.com

www.planetadelibros.com

Primera edición: abril de 2019

ISBN: 978-84-670-5543-6

Depósito legal: B. 6.080-2019

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Cayfosa (Impresia Ibérica)

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

SUMARIO

El primer cuarto	7
1. Acusan a Poirot	9
2. Provocación intolerable	9
3. La tercera persona	2
4. ¿La pieza que no encaja?	3
5. Una carta con un detalle	5
6. Rowland <i>de la Soga</i>	6
7. Un viejo amigo	3
8. Poirot imparte instrucciones	8
9. Cuatro coartadas	8
El segundo cuarto	10
10. Algunas preguntas importantes	10
11. Verdes mealdas	9
12. Muchas coartadas arruinadas	2
13. Los ancianos	4
14. En Combingham Hall	9
15. La escena de posible crimen	6
16. El hombre de la oportunidad	7
17. El truco de Poirot	8
18. El descubrimiento de la señora Dockhill	10
19. Cuatro cartas más	10

El te ce cuarto	1
20. Llegan las cartas	2
21. El día de las máquinas de escribir	2
22. El solitario cuadrado amarillo de la tarta.	3
23. Con mala intención	9
24. Antiguas animidades	3
25. Poirot regresa a Combingham Hall	8
26. El pensamiento de la máquina de escribir	7
27. La pulsera y el abanico	8
28. Una confesión poco convincente.	23
29. Un pecado inspeccionado.	29
30. El misterio de los tres cuartos	6
El cuarto cuarto.	3
31. Una nota para el señor Porrott.	3
32. ¿Dónde está Kingsbury?	3
33. Las marcas en la toalla	9
34. Rebecca Grace	3
35. El lado familiar	6
36. El veredicto culpable.	3
37. El testamento	91
38. Rowland <i>sin la Soga</i>	0
39. Una máquina de escribir nueva.	0
Agradecimientos	4

Capítulo 1

Acusan a Poirot

Hércules Poirot sonrió para sus adentros cuando el conductor detuvo el automóvil con satisfactoria simetría. Como buen amante del orden y la pulcritud, Poirot apreció la perfecta alineación con el portal de las Whitehaven Mansions, donde vivía. Habría sido posible trazar una línea recta desde la mitad del vehículo hasta el punto exacto donde las dos puertas se encontraban.

El almuerzo del que regresaba había sido *un très bon divertissement*: comida y compañía excelentes. Se apeó del coche, le dedicó una cordial frase de agradecimiento al conductor y, cuando ya se disponía a entrar, tuvo la peculiar sensación (él mismo se lo explicó así) de que algo a sus espaldas requería su atención.

Se volvió sin esperar nada fuera de lo corriente. Era un día apacible para ser febrero, pero era posible que una brisa ligera hubiera agitado el aire a su alrededor.

Pronto pudo ver que la causa de la perturbación no había sido el viento, aunque la hermosa mujer que se aproximaba a paso rápido sí que parecía —a pesar de su

elegante abrigo azul claro con sombrero a juego— una fuerza de la naturaleza.

—Es el más feroz de los torbellinos —murmuró Poirot entre dientes.

No le gustó su sombrero. Ya había visto a otras mujeres en la ciudad con sombreros parecidos: mínimos, sin ningún adorno, ceñidos al cráneo como gorros de baño hechos de tela. Un sombrero, en opinión de Poirot, debía tener un ala o algún tipo de ornamento. Debía servir para algo más que para cubrir la cabeza. Sin duda, pronto se acostumbraría a los sombreros modernos, y entonces, cuando se hubiera habituado, la moda volvería a cambiar, como pasaba siempre.

Los labios de la mujer vestida de azul se crispaban y se retorcían, pero de su boca no salía ningún sonido. Era como si estuviera ensayando lo que iba a decir en cuanto alcanzara finalmente a Poirot. Era indudable que su objetivo era él. Parecía resuelta a hacerle algo desagradable en cuanto lo tuviera a su alcance. El detective retrocedió un paso, mientras la mujer marchaba hacia él como si formara parte de una estampida, consistente únicamente en su persona.

Tenía el pelo castaño, oscuro y lustroso. Cuando se detuvo abruptamente delante de él, Poirot observó que no era tan joven como le había parecido de lejos. Debía de tener más de cincuenta años, quizá sesenta. Una señora de cierta edad, experta en disimular las arrugas de la cara. Tenía los ojos de un azul sorprendente, ni claro ni oscuro.

—Usted es Hércules Poirot, ¿verdad? —le dijo en un susurro que en realidad resultó bastante sonoro.

El detective observó que la mujer deseaba expresar su

ira, pero cuidándose de que nadie más la oyera, aunque no había nadie cerca.

— *Oui*, madame. Lo soy.

— ¿Cómo se ha atrevido? ¿Cómo ha tenido la desvergüenza de enviarme una carta semejante?

— Perdóneme, madame, pero creo que no nos conocemos.

— ¡No se haga el inocente conmigo! Soy Norma Rule, como usted bien sabe.

— Ahora lo sé, porque acaba de decírmelo. Hasta hace un momento no lo sabía. Ha dicho algo de una carta...

— ¿Me obligará a repetir sus calumnias en público? Muy bien. Si es lo que quiere, lo haré. Esta mañana he recibido una carta, una carta odiosa y ofensiva, firmada por *usted*.

La mujer acuchilló el aire con el dedo índice, que se habría hincado en el pecho de Poirot si éste no se hubiera apartado a tiempo para evitarlo.

— *Non*, madame... — trató de protestar el detective, pero sus intentos de objeción fueron rápidamente demolidos.

— En esa parodia de carta me acusa usted de asesinato. ¡*De asesinato!* ¡A mí! ¡Norma Rule! Asegura que puede demostrar mi culpabilidad y me aconseja que acuda de inmediato a la policía para confesar mi crimen. ¿Cómo se atreve? No puede tener ninguna prueba en mi contra, por la sencilla razón de que soy inocente. Soy la persona menos propensa a la violencia de todas las que conozco. ¡Y ni siquiera sé quién es ese tal Barnabas Pandy!

— Barnabas...

— ¡Es monstruoso que me acuse *a mí*, precisamente *a*

mí! ¡Monstruoso! No voy a permitirlo. Iría ahora mismo a ver a mi abogado, si no fuera porque me horroriza hacerle saber que he sido objeto de semejante calumnia. Tal vez debería acudir a la policía. ¡Qué ofensa! ¡Qué insulto! ¡A una mujer de mi posición social!

Norma Rule siguió así un buen rato. Había mucha efervescencia en su agitada manera de susurrar. A Poirot le recordaba las altas y turbulentas cascadas que había visto en el transcurso de sus viajes: impresionantes de observar, pero terribles solamente por su implacable perseverancia. La corriente no se detenía nunca.

En cuanto pudo hacerse oír, dijo:

—Le ruego acepte, madame, mis garantías de que yo no he escrito esa carta. Si la ha recibido, no he sido yo quien se la ha enviado. Tampoco he oído hablar de ese tal Barnabas Pandey. ¿Así se llama el hombre de cuyo asesinato la acusa quienquiera que haya escrito esa misiva?

—¡Usted la escribió! ¡Y no me provoque todavía más fingiendo que no lo ha hecho! Eustace lo convenció para que la escribiera, ¿verdad? Los dos saben que no he matado a nadie, ¡que soy completamente inocente! ¡Eustace y usted urdieron juntos un plan para sacarme de mis casillas! Es justo el tipo de cosa que haría ese hombre. ¡Y después dirá que todo ha sido una broma!

—No conozco a ningún Eustace, madame —prosiguió Poirot, haciendo todo lo posible para convencerla, aunque era evidente que nada que pudiera decir haría cambiar de idea a Norma Rule.

—¡Eustace se cree tan listo, el más listo de Inglaterra, con esa sonrisita desagradable que nunca se le borra de la cara! ¿Cuánto le pagó? Estoy segura de que ha sido idea suya. ¡Y usted se prestó a hacerle el trabajo sucio!

¡Usted, el famoso Hércules Poirot, que goza de la confianza de nuestro leal y diligente cuerpo de policía! ¡Farsante! ¿Cómo ha podido atreverse? ¿Cómo se atreve a calumniar a una mujer honesta como yo? Eustace haría cualquier cosa para acabar conmigo. ¡No se detendría ante nada! Sea lo que sea lo que le haya dicho de mí, ¡es mentira!

Si la mujer hubiera estado dispuesta a escucharlo, el detective podría haberle dicho que difícilmente él se habría prestado a colaborar con un hombre que se considerara a sí mismo el más listo de Inglaterra, mientras él, Hércules Poirot, estuviera residiendo en Londres.

— ¿Podría enseñarme la carta que ha recibido, madame?

— ¿Acaso cree que la conservo? ¡El solo hecho de tenerla en la mano ya me hacía daño! La he roto en una docena de trozos y la he arrojado al fuego. ¡Ojalá pudiera arrojar al fuego a Eustace! Por desgracia, sería un acto contrario a la ley, aunque estoy segura de que los legisladores no debían de conocer a Eustace. Si alguna vez vuelve a calumniarme de este modo, señor Poirot, le aseguro que iré directa a Scotland Yard, pero no para confesar nada, ya que soy del todo inocente, ¡sino para denunciarlo a usted!

Antes de que él pudiera formular una respuesta adecuada, Norma Rule dio media vuelta y se marchó.

Poirot no la llamó. Se quedó parado unos segundos, meneando lentamente la cabeza. Mientras subía la escalera de su finca, masculló entre dientes:

— Si esa mujer es la persona menos propensa a la violencia de todas las que conoce, no quisiera encontrarme con la más violenta.

Dentro del espacioso y bien amueblado apartamento, su ayuda de cámara lo estaba esperando. La sonrisa más bien acartonada de George se transformó en expresión de consternación cuando vio la cara de Poirot.

—¿Se siente bien, señor?

—*Non*. Estoy perplejo. Dime, Georges, tú que conoces los peldaños más altos de la sociedad inglesa, ¿sabes quién es Norma Rule?

—La conozco solamente de oídas, señor. Es la viuda de Clarence Rule. Una persona muy bien relacionada. Creo que forma parte de la junta directiva de varias sociedades filantrópicas.

—¿Y Barnabas Pandy?

George negó con la cabeza.

—No me suena ese nombre. Mi ámbito especial de conocimiento es la sociedad londinense, señor. Si el señor Pandy vive en otro sitio...

—No sé dónde vive. Ni siquiera sé *si vive* o ha sido asesinado. *Vraiment*, no podría saber menos de Barnabas Pandy de lo que sé en este instante, ¡sería imposible! Pero no intentes decírselo a Norma Rule, Georges, porque ella imagina que lo sé todo acerca de ese hombre. Está convencida de que le escribí una carta acusándola de haberlo asesinado, una carta que niego haber escrito. Yo no escribí esa carta. Nunca he enviado ninguna misiva ni mensaje alguno a madame Norma Rule.

Poirot se quitó el sombrero y el abrigo con menos cuidado del habitual y se los entregó a George.

—No es agradable que lo acusen a uno de algo que no ha hecho. Debería ser posible apartar de la mente las falsedades, pero de alguna manera se apoderan de nuestros pensamientos y producen una forma espectral de

culpabilidad: ¡una especie de fantasma en la conciencia! Si alguien está convencido de que has hecho algo terrible, empiezas a sentirte culpable, como si lo hubieras hecho, aunque sepas que no es verdad. Comienzo a comprender, Georges, por qué la gente confiesa crímenes que no ha cometido.

El ayuda de cámara parecía dubitativo, como de costumbre. La discreción inglesa, como había podido observar Poirot, asumía a menudo la apariencia externa de la duda. Muchos de los hombres y de las mujeres más corteses y refinados que había conocido Poirot en Inglaterra a lo largo de los años se comportaban como si alguien les hubiera ordenado que pusieran en duda absolutamente todo lo que oyeran.

— ¿Desea beber algo? ¿Un *sirop de menthe*, si me permite la sugerencia?

— *Oui*. Excelente idea.

— Debería decirle, señor, que tiene un visitante esperando para hablar con usted. ¿Quiere que le traiga la bebida ahora mismo y le pida al caballero que espere un poco más?

— ¿Un visitante?

— Sí, señor.

— ¿Cómo se llama? ¿Eustace?

— No, señor. Ha dicho llamarse John McCrodden.

— ¡Ah! Es un alivio. No se llama Eustace. Al menos puedo albergar la esperanza de que la pesadilla de madame Rule y su Eustace se haya marchado y no vuelva a atormentarme nunca más. ¿Ha mencionado monsieur McCrodden por qué motivo quiere verme?

— No, señor. Pero debo advertirle que parecía... disgustado.

Poirot permitió que un leve suspiro escapara de sus labios. Después de un almuerzo más que satisfactorio, la tarde le estaba resultando francamente decepcionante. Aun así, era poco probable que John McCrodden llegara a ser tan irritante como Norma Rule.

—Pospondré el placer del *sirop de menthe* y veré primero a monsieur McCrodden —le indicó a George—. El nombre me resulta familiar.

—Quizá por que le recuerda al del abogado Rowland McCrodden.

—*Mais oui, bien sûr*. ¡Rowland *de la Soga*, el mejor amigo del verdugo! Eres demasiado amable, Georges, y por eso no lo llamas por ese apodo que le sienta tan bien. Si fuera por Rowland *de la Soga*, el patíbulo no estaría cerrado ni un minuto.

—En efecto. La firmeza del señor McCrodden ha sido determinante para ajusticiar a muchos criminales —convino George con su acostumbrado tacto.

—Quizá John McCrodden sea pariente suyo —dijo Poirot—. Deja que me acomode y después hazlo pasar.

Pero George no pudo hacer pasar al señor McCrodden, porque el propio McCrodden decidió entrar en el salón sin ayuda ni presentación. El visitante rebasó por un costado al ayuda de cámara y fue a situarse en medio de la alfombra, donde se detuvo, congelando los movimientos como si jugara a ser una estatua.

—Por favor, monsieur, tome asiento —le pidió Poirot con una sonrisa.

—No, gracias —replicó McCrodden. Su tono era de desdeñoso desapego.

Poirot le calculó unos cuarenta años. Tenía la clase de rostro agraciado que sólo suele verse en las obras de arte.

Sus facciones parecían cinceladas por un maestro en el arte de la escultura. No era fácil conciliar ese rostro con su ropa raída y cubierta de manchas de barro. ¿Tendría el visitante la costumbre de dormir en los bancos del parque? ¿Dispondría en su casa de las habituales comodidades? Poirot se dijo que quizá McCrodden intentaba compensar las ventajas que la naturaleza le había concedido —los grandes ojos verdes y la dorada cabellera— presentándose ante el mundo de la forma más repelente posible.

McCrodden contempló con furia al detective.

—He recibido su carta —le espetó—. Me ha llegado esta mañana.

—Me temo que debo contradecirlo, monsieur. Yo no le he enviado ninguna carta.

Se hizo un largo silencio incómodo. Poirot no quería sacar conclusiones precipitadas, pero tenía la sensación de conocer el rumbo que iba a tomar la conversación. ¡Pero no era posible! ¿Cómo podía serlo? Sólo en sueños había experimentado previamente esa sensación: el aciago convencimiento de estar atrapado en una situación sin pies ni cabeza, que nunca tendría sentido, con independencia de lo que él hiciera.

—¿Qué decía la carta que ha recibido? —preguntó.

—Debería usted saberlo, ya que la escribió —replicó John McCrodden—. Me acusa de asesinar a un hombre llamado Barnabas Pandy.